

Conversando con EMIL FRIEDMAN

Cuatro de la tarde. Lluvia.

En la tarde gris el agua cae, floja, sobre Caracas. Las gotas largas y finidas van esmaltando el cemento y sobre el bronce herrumbroso de la vieja estatua heroica de la Plaza del Municipal pintan escurridizos brillos metálicos.

Llegamos al hall del Hotel Majestic bajo la fría llovizna. Y a una muchacha morena de bellos ojos negros, parapetada tras el mostrador, junto al teléfono, preguntamos:

—Señorita, tiene la bondad. ¿Podríamos hablar con el señor Friedman?

Y la muchacha, amable, se ha acercado al teléfono, ha marcado un número nos ha tendido la bocina, luego de establecer la comunicación, y hétenos, aquí, repantigados en una cómoda butaca del hall de entrada, esperando a Emil Friedman, reputado violinista mundial.

Llueve en la tarde gris. Fría y lenta llovizna de junio. Y esperamos cinco, diez minutos.

Fumamos, y a través del humo vemos los bellos ojos negros, la calle esmaltada de fugaces brillos.

En esto se presentó Friedman, bajo, robusto, una prematura calvicie desalojando de la cabeza inteligente la amarilla mancha del pelo. Trae en las manos un sombrero de panamá y en los labios delgados una palabra de excusa por la espera.

Emil Friedman, con este traje liviano, fresco, y este cuerpo fuerte y sano más bien parece un deportista. Tiene además, la palabra amena y dicharachera, y el gesto sobrio, enérgico, del deportista.

Le hacemos sitio en el mullido butacón de rojos colores desvaídos. Y hablamos. Bajo la tarde de lluvia.

El hoy reputado famoso artista nació en Praga, en 1908, y en correcto castellano ha empezado a decir-

- ◆ NO CREE EN LOS NIÑOS PRODIGIOS
- ◆ CONOCE A TODA AMERICA
- ◆ SALIO DE PRAGA DOS DIAS DESPUES DE LA ENTRADA DE HITLER
- ◆ FUE DISCIPULO DEL "INGENIERO DEL VIOLIN"
- ◆ Y ESTA DISPUESTO A CASARSE CON UNA CRIOLLA



Emil Friedman, reputado artista checo, charla animadamente con nuestro redactor Armas Alfonso en el hall del Hotel Majestic, donde se hospeda en su segunda visita a Venezuela.

Mis padres eran médicos y no violinistas; fueron opuestos siempre a contrabajo, seguía con atención desvelada, el manejo del instrumento

volvió a Praga, como asistente del director de la Sinfónica. Allí estuvo, del 38 al 39, como concertino.

Su arte maravilloso paseó en triunfo Inglaterra, Nueva Zelandia, el Cercano Oriente —Damasco, Stambul, Ankara, Beirut, Smirna—, Palestina, Egipto, todo un mundo.

En Inglaterra lo sorprendió la guerra; en Miami el final esperado. En Marzo del 39, estando en Praga vinieron las hordas nazistas. El 17 de ese mes abandonó el maestro a la gran ciudad checa, dos días después que Adolfo Hitler profanara el suelo de la República. Finlandia, Suecia, Noruega, vieron pasar al músico, el violín callado y triste, rumbo a Inglaterra.

Y siguieron los caminos invitándolo. El año 40 estaba en Panamá, de donde lo llaman, ofreciéndole contratos ventajosos, según cables que nos muestra. El 42 volvió de nuevo a Inglaterra. Aquí vivió la trágica angustia de los bombardeos desplazados, y vió como se venía al suelo la vieja ciudad de los Lores.

Y América. Toda la América, desde la Argentina hasta Cuba, por todos los pueblos del nuevo continente excepto Bolivia, Paraguay, Nicaragua, y Honduras.

La palabra correcta de Friedman nos lleva y trae por todos los cielos del mundo. Habla así de la riqueza del Brasil, de nuestro potencial agrícola, de la fecundidad del medio artístico venezolano, de la cual es buen exponente la continuada visita de artistas y conjuntos de ballet y teatro.

Luego conversamos de otras cosas. De la mujer venezolana, en primer término. Emil Friedman no es casado y le encanta la mujer criolla. Bueno, Friedman quería desposarse con una venezolana. Un tipo como ése, primorosa morena, que atiende la Caja en el Copacabana Club del Majestic.

man?

Y la muchacha, amable, se ha acercado al teléfono, ha marcado un número nos ha tendido la bocina, luego de establecer la comunicación, y hétenos, aquí, repantigados en una cómoda butaca del hall de entrada, esperando a Emil Friedman, reputado violinista mundial.

Llueve en la tarde gris. Fría y lenta llovizna de junio. Y esperamos cinco, diez minutos.

Fumamos, y a través del humo vemos los bellos ojos negros, la calle esmaltada de fugaces brillos.

En esto se presentó Friedman, bajo, robusto, una prematura calvicie desalojando de la cabeza inteligente la amarilla mancha del pelo. Trae en las manos un sombrero de panamá y en los labios deigados una palabra de excusa por la espera.

Emil Friedman, con este traje liviano, fresco, y este cuerpo fuerte y sano más bien parece un deportista. Tiene además, la palabra amena y dicharachera, y el gesto sobrio, enérgico, del deportista.

Le hacemos sitio en el mullido butacón de rojos colores desvaídos. Y hablamos. Bajo la tarde de lluvia.

El hoy reputado famoso artista nació en Praga, en 1908, y en correcto castellano ha empezado a decirnos:

—¡Caramba! Esta lluvia. A las cuatro debía ir a la Academia de Música... Me espera una niña artista...

—¿Una niña prodigio? —preguntamos.

—Oh, no. No creo en niños prodigios.

Y esto es motivo para que Emil Friedman converse largamente sobre el tema, cite a diversos artistas del violín y concluya firmando:

—El artista no nace hecho, con el instrumento bajo el brazo. Nadie nace con la profesión determinada. Los grandes genios han tenido maestros geniales. Mi caso, sin ser un genio, es un ejemplo extraordinario.

UNA CRIOLLA



Emil Friedman, reputado artista checo, charla animadamente con nuestro redactor Armas Alfonzo en el hall del Hotel Majestic, donde se hospeda en su segunda visita a Venezuela.

Mis padres eran médicos y no violinistas; fueron opuestos siempre a mi deseo. Fué a los doce años, cuando el contacto con la gente de la Orquesta Sinfónica de Praga me hizo violinista. Y eso estudiando mucho, por muchos años.

Friedman cuenta así la historia. El era un muchacho, y un día fué a la claue, ésto es con la gente pagada para aplaudir los espectáculos. Los profesionales del aplauso ocupaban en el teatro la parte más alta, la llamada galería del teatro. Pero la mirada del adolescente ibase con frecuencia hacia abajo, hacia el sitio destinado a los músicos de la orquesta. Y un día, cansado de prodigar aplausos, se dejó llegar hasta el sitio objeto de su curiosidad, y allí, escondido tras la persona del

contrabajo, seguía con atención desvelada, el manejo del instrumento, tan grande, del tamaño del niño. Y un día le dijo de aprender él. Se rió el músico:

—No. Esto es muy grande para tí. Te voy a regalar uno más chico. —Y le regaló un violín.

Su primer maestro en Praga, después del músico del contrabajo fué Otto Sévčík, el "Ingeniero del violín", famoso músico checo creador de un método tan fácil que solamente un idiota podía dejar de aprenderlo técnicamente a la perfección. A los 17 años estaba en la Orquesta Sinfónica. Y a los 19 años salió a París, acompañado allí por Henry Marteau también famoso como Sévčík. De la Ciudad Luz, siempre actuando en las principales salas, Friedman

lo de la República. Finlandia, Suecia, Noruega, vieron pasar al músico, el violín callado y triste, rumbo a Inglaterra.

Y siguieron los caminos invitándolo. El año 40 estaba en Panamá, de donde lo llaman, ofreciéndole contratos ventajosos, según cables que nos muestra. El 42 volvió de nuevo a Inglaterra. Aquí vivió la trágica angustia de los bombardeos desplazados, y vió como se venía al suelo la vieja ciudad de los Lores.

Y América. Toda la América, desde la Argentina hasta Cuba, por todos los pueblos del nuevo continente excepto Bolivia, Paraguay, Nicaragua, y Honduras.

La palabra correcta de Friedman nos lleva y trae por todos los cielos del mundo. Habla así de la riqueza del Brasil, de nuestro potencial agrícola, de la fecundidad del medio artístico venezolano, de la cual es buen exponente la continuada visita de artistas y conjuntos de ballet y teatro.

Luego conversamos de otras cosas. De la mujer venezolana, en primer término. Emil Friedman no es casado y le encanta la mujer criolla. Bueno, Friedman querría desposarse con una venezolana. Un tipo como ése, primorosa morena, que atiende la Caja en el Copacabana Club del Majestic.

Nosotros le heros dicho riendo, que la tarea es fácil y hasta le prometemos ayudarlo, publicando aquí tal deseo y hablando de la ventaja que el matrimonio con el afamado violinista reportaría a la feliz mujer que le toque en suerte.

Aún más. Friedman emprenderá dentro de poco una gira por el occidente venezolano. ¿Será tras ese propósito? A nuestro entrevistado le gustaría radicarse en Venezuela: una magnífica oportunidad para contar con un agricultor de promesas artísticas. El genio maestro que impulsaría los pequeños genios criollos. Que aquí los hay hasta en la sopa. Tan impertinentes como la lluvia que cae, mansa, en la calle.